

# FIGURAS Y ASPECTOS DE LA VIDA MUNDIAL

## BERNARD SHAW Y JUANA DE ARCO

II  
*es uno de los documentos mas interesantes*

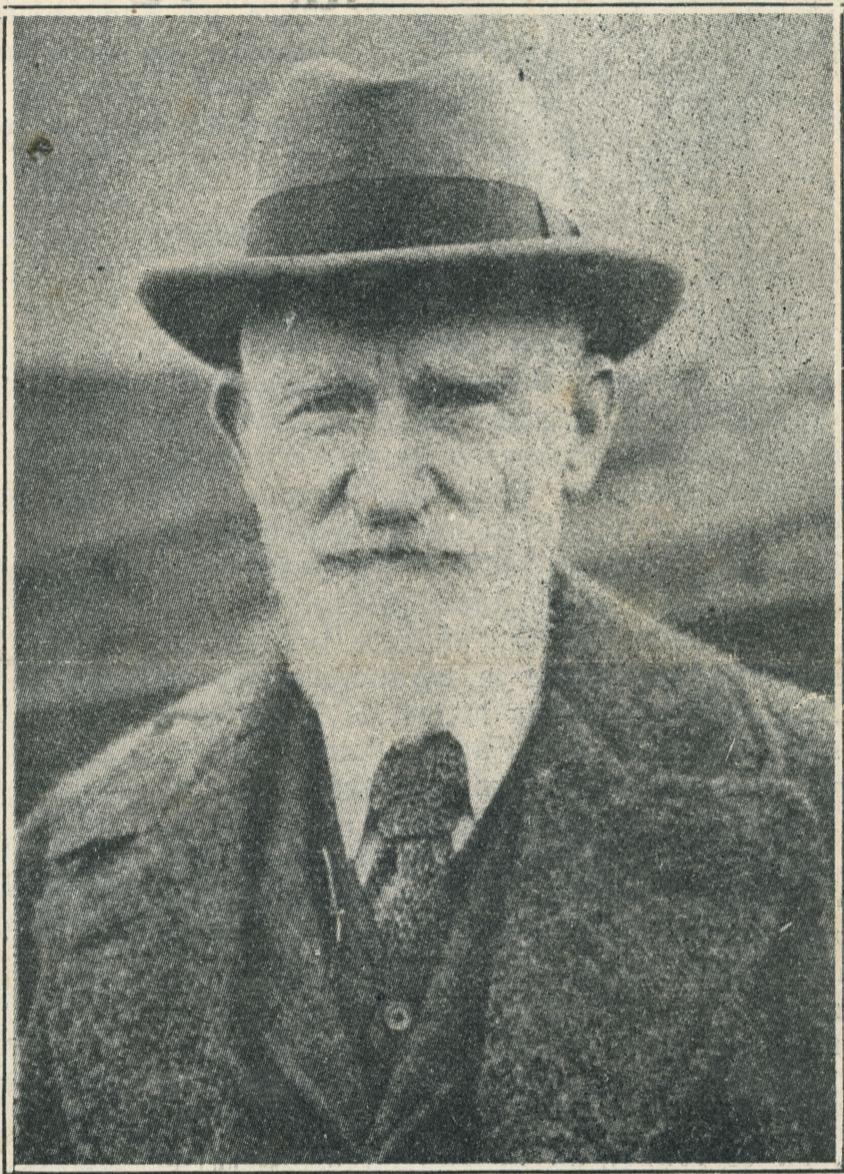
La "Santa Juana" de Bernard Shaw me parece interesante, ante todo, como documento del relativismo contemporáneo. El teatro de Pirandello se clasifica también como teatro relativista. Pero su relativismo es filosófico y psicológico. Es, además, un relativismo espontáneo y subconsciente de artista. El dramaturgo inglés, en cambio, lleva al teatro, conscientemente, el relativismo histórico. Pirandello trata, en su teatro y en sus novelas, los problemas de la personalidad humana. Shaw trata, en "Santa Juana", un problema de la historia universal.

El drama de Bernard Shaw, y más que el drama, el prólogo que lo precede en el libro, no se propone rehabilitar a Juana de Arco sino, más bien, a sus jueces. Juana de Arco está rehabilitada ya. La Iglesia,—en el nombre de cuyo dogma un tribunal eclesiástico la condenó a la hoguera—la ha canonizado solemnemente hace cinco años. La Doncella, declarada hereje y bruja en 1431, es desde 1920 una de las santas del calendario cristiano.

Bernard Shaw reconoce a Juana de Arco como "un genio y una santa". Está absolutamente persuadido de que representó en su época un ideal superior. Pero nó por esto pone en duda la razón de sus jueces y de sus verdugos. Su "Santa Juana" es una defensa del obispo de Beauvais, monseñor Cauchon, presidente del tribunal que condenó a la Doncella. Shaw se empeña en demostrarnos que monseñor Cauchon luchó con denuedo, dentro de su prudencia eclesiástica, por salvar a Juana de Arco y que no se decidió a mandarla a la hoguera sino cuando la oyó ratificarse, inequívoca y categóricamente, en su herejía. Y, si justifica la sentencia, no justifica menos Bernard Shaw la canonización. "No es imposible—explica—que una persona sea excomulgada por herética y más tarde canonizada por santa".

No hay cosa que un relativista no se sienta dispuesto a comprender y tolerar. El relativismo es fundamentalmente un principio o una escuela de tolerancia. Ser relati-

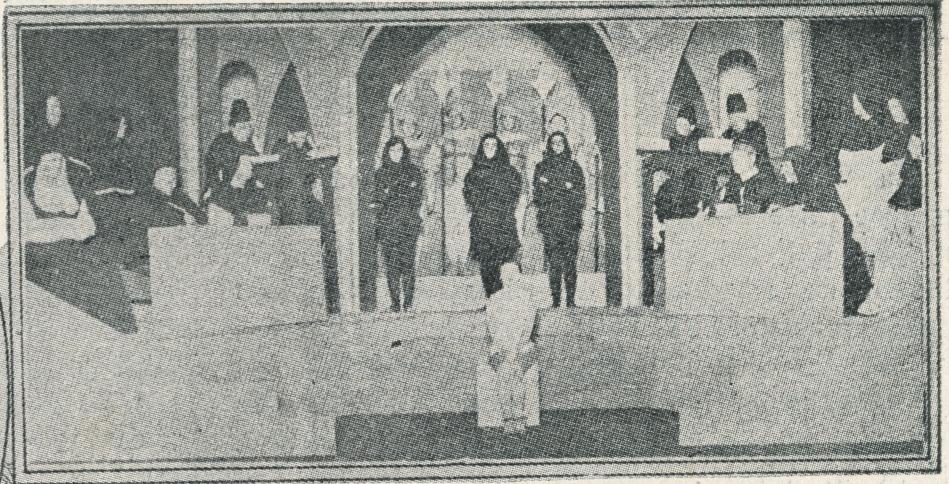
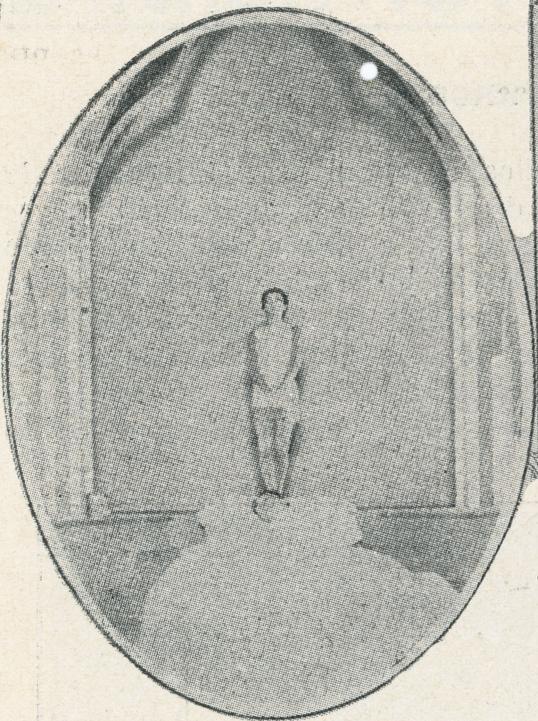
vista significa comprender y tolerar todos los puntos de vista. El riesgo cierto del relativismo está en la posibilidad de adoptar todos los puntos de vista ajenos hasta renunciar al derecho de tener un punto de vista propio. El relativista puro—¿será abusar de la paradoja hablar de un relativista absoluto?—es ubicuo. Está siempre en to-



Último retrato de Mr. George Bernard Shaw

das partes; no está nunca en ninguna. Su posición en el debate histórico es más o menos la misma del liberal puro en el debate político. (El liberalismo absoluto quiere el Estado agnóstico. El Estado neutral ante todos los dogmas y todas las herejías. Poco le importa que la neutralidad frente a las doctrinas más opuestas equivalga a la abdicación de su propia doctrina.) Esto nos define la filosofía relativista como una consecuencia extrema y lógica del pensamiento liberal.

La actitud de Bernard Shaw ilustra, precisa y nitidamente, el parentesco del rela-



Juana de Arco se aparece, en sueños al Rey Carlos VII. —Juana de Arco ante el tribunal. (Fotografías de las principales escenas del drama de Shaw, tal como fué puesto en Londres.)

tivismo y el liberalismo. En Bernard Shaw se juntan el protestante, el liberal, el relativista, el evolucionista y el inglés. Cinco calidades en apariencia distintas; pero que, en la historia, se reducen a una sola calidad verdadera. El mismo Bernard Shaw nos lo enseña en los discursos de sus **dramatis personae**. Monseñor Cauchon, según su "Santa Juana", le sostenía a Warwick en 1431 la tesis de que todos los ingleses eran herejes. Y, en seis siglos, los ingleses han cambiado poco. Darwin, en este tiempo, ha descubierto la ley de la evolución que, en último análisis, resulta la ley de la herejía. Los ingleses, por ende, no se llaman ya herejes sino evolucionistas. Su herejía de hace seis siglos—el protestantismo—es ahora un dogma. Pero en Shaw el hereje está más vivo que en el resto de los ingleses. Shaw, por ejemplo, milita en el socialismo. Mas su socialismo de fabiano—como lo demuestran sus últimas posturas—no lo presenta como un creyente de la revolución social sino como un hereje frente al Estado burgués. El célebre dramaturgo sigue siendo, en el fondo, un liberal. Y, además, un protestante.

¿No es, acaso, su "Santa Juana", entre otras cosas, un esfuerzo por anexar la Doncella a la Reforma? Shaw escribe en el prólogo que Juana de Arco, "aunque fué una católica devotísima y proyectó una cruzada contra los husitas, es, en realidad, uno de los primeros mártires del protestantismo". Y en el drama aflora, reiteradamente, la misma tesis.

Peró si, como protestante, Bernard Shaw cataloga a Juana de Arco entre los precursores de la Reforma, como relativista reacciona contra la incapacidad de los racionalistas, los protestantes y los anti-clericales para entender y estimar la Edad Media.

Shaw considera la Edad Media "una alta civilización europea basada en la fé católica". No es posible de otro modo acercarse a la Doncella. Shaw lo sabe y lo siente. Y lo declara, más explícitamente aún, en otra parte del prólogo, cuando revista los apriorismos que enturbian y deforman la visión de los que pretenden escrutar la figura de Jua-



Caricatura del eminente dramaturgo irlandés, por Matt. (De "The Graphic", de Londres.)

na de Arco con las gafas astigmáticas de sus supersticiones y del siglo diecinueve: "Si un historiador es anti-feminista y no cree a las mujeres aptas para ser genios en los tradicionales empleos masculinos, no podrá admitir como genio a Juana, que tanto sobresalió en el arte de la guerra y la política. Si es racionalista hasta el punto de negar a los santos y sostener que las ideas nuevas sólo pueden nacer por el raciocinio consciente, nunca dará con el verdadero retrato de Juana. El biógrafo ideal de ésta debe estar libre de los prejuicios y las tendencias del siglo diez y nueve; debe comprender la Edad Media y la Iglesia Católica Romana, así como el Santo Imperio Romano, mucho más íntimamente de lo que nunca lo hicieron nuestros historiadores nacionalistas y protestantes, y tiene, además, que ser capaz de desechar las parcialidades sexuales y sus secuelas fantásticas y de considerar a la mujer como a la hembra de la especie humana y no como a un sér de diferente especie biológica, con encantos específicos e imbecilidades también específicas".

Esta eficaz y aguda receta no le sirve, sin embargo, a Bernard Shaw para ofrecernos, en su drama, una imagen cabal de Juana de Arco. En su drama, Shaw, más que de explicarnos a Juana, se preocupa, en verdad, de explicarnos su tesis relativista. No asistimos, en "Santa Juana" al drama de la Doncella tan auténtica e íntensamente como al drama de Cauchon, su inquisidor. La pieza de Bernard Shaw deja la impresión de que el drama de la Doncella no puede ser escrito por un relativista sino por un creyente. Shaw, a pesar de sus pullas contra el cientificismo y el positivismo del siglo diecinueve, es demasiado racionalista para mirar a Juana con otro lente que el de su raciocinio. Su raciocinio pretende descubrirnos, en el prólogo, el mecanismo del milagro. Pero, visto por dentro, analítica y friamente, el milagro cesa de ser milagro. Mejor dicho, el milagro, como milagro, se queda fuera.

Shaw percibe, con su penetrante e inteli-

gente mirada, los obstáculos que impidieron a Anatole France, anti-clerical y escéptico, aproximarse a Juana de Arco. "En su libro —observa— se notan antipatías. El autor no es enemigo de Juana, pero es anti-clerical, anti-místico y fundamentalmente incapaz de creer que haya podido existir persona alguna como la Juana verdadera". Pero la Juana verdadera no está tampoco íntegra, completa, en la "crónica dramática" de Shaw. Bernard Shaw, no obstante su sagacidad crítica, no nos dá todo el personaje; y, por tanto, no nos dá todo el símbolo.

Define Shaw a Juana de Arco como "uno de los primeros apóstoles del nacionalismo". Pero se olvida de remarcar, al pie de esta definición, que la idea de la Nación, hace seis siglos, era una idea revolucionaria. Como un escritor internacionalista lo ha proclamado, la idea de la Nación es, en determinadas épocas y circunstancias históricas, la encarnación del espíritu de la libertad. En nuestra época, el nacionalismo, reaccionario en Francia, es revolucionario en Turquía, en la India, en la China, en Marruecos, donde combate contra el imperialismo y el capitalismo extranjeros. El nacionalismo de Juana de Arco no tiene nada que ver con el nacionalismo orleanista y monárquico de "L'Action Francaise", que tan desenfadadamente se apropia de la gloria y del genio de la Doncella. Charles Maurras, León Daudet y sus "camelots du roi", si hubiesen existido hace seis siglos, habrían estado al lado de los que quemaron a la Santa después de declararla hereje y bruja. Habrían formado parte del séquito del imbécil y desleal Carlos VII o de la comparsa del tribunal de la inquisición. En Ruan, como Bernard Shaw lo siente, se quemó viva a una mujer genial que fué, al mismo tiempo, una santa, una hereje y una revolucionaria. En nuestra época la razón de Estado no la habría tratado con más justicia. Y Bernard Shaw, no habría estado tal vez entre los firmantes de su condena; pero tampoco habría estado entre los prosélitos de su fé y de su doctrina.

J O S E C A R L O S M A R I A T E G U I

